EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

24

LA NECROPOLIS DE "SON REAL" Y LA "ILLA DELS PORROS"

MALLORCA

Memoria redactada por

Miguel Tarradell

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL. DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES
SERVICIO NACIONAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

RECIENTES PUBLICACIONES DE LA INSPECCION GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGIGAS

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

1. LANCIA, por Francisco Jordá Cerdá.
2. HERRERA DE PISUERGA, por A. García y Bellido, A. Fernández de Avilés, Alberto Balil y Marcelo Vigil.
3. MEGALITOS DE EXTREMADURA, por Martín Almagro Basch.
4. MEGALITOS DE EXTREMADURA (II), por Martín Almagro Basch.
5. TOSSAL DEL MORO, por Juan Maluquer de Motes.
6. AITZBITARTE, por José Miguel de Barandiarán.
7. SANTIMAMIÑE, por José Miguel de Barandiarán.
8. LA ALCUDIA, por Alejandro Ramos Folques.
9. AMPURIAS, por Martín Almagro Basch.
10. TORRALBA, por F. C. Howell, W. Butzer y E. Aguirre.
11. LAS NECROPOLIS DE MERIDA, por Antonio García y Bellido.
12. CERRO DEL REAL (GALERA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle.
13. LAS FORTIFICACIONES DEL MONTGO, CERCA DE DENIA (ALICANTE), por Hermanfrid Schubart, Domingo Fletcher Valls y José Oliver y de Cárdenas.
14. NECROPOLIS Y CUEVAS ARTIFICIALES DE S'ON SUNYER (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy.
15. EXCAVACIONES EN «ES VINCLE VELL» (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy.
16. ESTRATIGRAFIA PREHISTORICA DE LA CUEVA DE NERJA, por Manuel Pellicer Catalán.
17. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS PUNICA «LAURITA», DEL CERRO DE SAN CRISTOBAL (ALMUÑECAR, GRANADA), por Manuel Pellicer Catalán.
18. INFORME PRELIMINAR SOBRE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN CENTCELLES, por Helmut Schlunk y Theodor Hauschild.
19. LA VILLA y EL MAUSOLEO ROMANOS DE SADABA, por Antonio García y Bellido.
20. EXCAVACIONES EN SEPULCROS MEGALITICOS DE VALDOSERA (QUEROL, TARRAGONA), por Juan Maluquer de Motes, P. Giró y J. M. Masachs.
21. CUEVA DE LAS CHIMENEAS, por Joaquín González Echegaray.
22. EL CASTELLAR (VILLAJIMENA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, P. Joaquín González Echegaray y Benito Madariaga de la Campa.
23. UNA CUEVA SEPULCRAL DEL BARRANCO DEL AGUA DE DIOS EN TEGUESTE (TENERIFE), por Luis Diego Cuscoy.

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

Tomo V. Años 1956-1961.

Dirección:

INSPECCION GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

Medinaceli, 4. Apartado 1.039. MADRID

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

24

LA NECROPOLIS DE "SON REAL" Y LA "ILLA DELS PORROS"

MALLORCA

Memoria redactada por

Miguel Tarradell

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL. DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES
SERVICIO NACIONAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

INSPECCION GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS
DELEGACION DE ZONA DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE BARCELONA

EXCAVACIONES DE LA NECROPOLIS DE «SON REAL» Y LA «ILLA DELS PORROS» (MALLORCA)

Autorizadas en 1957, 1958, 1959 y por Orden de 13 de junio de 1962.

Financiadas por "The William J. Bryant, Foundation".

DIRECTOR: MIGUEL TARRADELL.

El material se depositó en el Museo Municipal de Alcudia.

Depósito legal: M. 8.360-1964.

Langa y Cía.—Tahona de las Descalzas, 6. MADRID.

INTRODUCCION

En 1956 «The William L. Bryant Foundation», debida a la munificencia de Mr. William J. Bryant, de Springfield, Vermont (Estados Unidos de América del Norte) inició la subvención de excavaciones en España de manera sistemática. Anteriormente había realizado ya otros trabajos, entre los que cabe destacar la excavación del anfiteatro de Tarragona y la limpieza y valoración del teatro romano de Alcudia, en Mallorca. Pero a partir de la fecha indicada, con la creación del «Centro arqueológico hispano-americano de Baleares», mantenido con fondos de la citada Fundación, y debidamente autorizado por las autoridades españolas, las tareas arqueológicas han venido desarrollándose en forma continuada y bajo planes de largo alcance. Se decidió centrar los trabajos esencialmente en Mallorca, y sobre todo en las ruinas de la ciudad romana de Pollentia, en Alcudia.

Los pormenores del desarrollo de los trabajos citados cae fuera del alcance de esta Memoria. Nos limitaremos a señalar que la Fundación adquirió en Alcudia una antigua casa solariega, en cuya planta baja se instaló el Museo Arqueológico Municipal, y cuyas dos plantas superiores se destinan a lugar de trabajo de gabinete y alojamiento del equipo de excavadores. Este equipo, dirigido por Daniel Woods, del Manhatanville College, de Nueva York, y por el firmante de estas líneas, está constituido por un grupo de arqueólogos al que se unen todos los años varios estudiantes becarios procedentes principalmente de las Universidades de Barcelona, Madrid y Valencia. Se trata, pues, no sólo de unos trabajos de excavación planeados con continuidad, sino además de una escuela de arqueología práctica.

El proyecto comprendía en principio exclusivamente la excavación de la Pollentia romana. Pero mientras se llevaba a cabo la primera campaña, en verano de 1957, uno de nuestros colegas del equipo, don Luis R. Amorós, delegado local del Servicio Nacional de Excavaciones en Artá, y antiguo comisario de Mallorca, nos señaló el interés de unas ruinas prehistóricas sitas en la finca de Son Real, en término de Santa Margarita, en una playa próxima al pueblo de veraneo de Can Picafort.

Ya en la primera visita, que efectuamos guiados por don Luis Amorós, nos dimos cuenta del interés que el yacimiento presentaba, y al mismo tiempo del grave peligro de destrucción que le amenazaba, ya que si el yacimiento hasta entonces había quedado al margen de los lugares frecuentados, el panorama cambió con la presencia de numerosos veraneantes en Can Picafort, algunos de los cuales dedicaban parte de sus ocios a entretenerse excavando las tumbas medio visibles. El yacimiento, que daba la impresión de hallarse en un estado de conservación relativamente bueno, corría el riesgo, pues, de perderse en pocos años. El párroco de Can Picafort, don Lorenzo Vanrell (a quien debemos agradecer numerosas ayudas a lo largo de la excavación), nos comunicó asimismo, en la primera visita, su parecer de la necesidad de realizar la excavación sin demora. Nos señalaba que lo apartado del lugar y la ausencia de viviendas en sus inmediaciones dificultaba toda posible eficaz vigilancia.

Ante este panorama se dio inmediatamente noticia al delegado de zona, Prof. Pericot —miembro también del comité directivo del «Centro Arqueológico Hispano-americano» a que antes nos hemos referido—, y, de común acuerdo, se decidió pedir la correspondiente autorización a la Dirección General de Bellas Artes para iniciar las excavaciones del yacimiento de Son Real, a la vez que se solicitaba de Mr. William J. Bryant la incorporación de estos trabajos dentro de los planes de la «Fundación Bryant».

Obtenido el permiso oficial, por una parte, y la subvención de «The William L. Bryant Foundation», por otra, el equipo que trabajaba en Pollentia se dividió en dos, uno que continuó la excavación de la ciudad romana y otro que se encargó de realizar una primera excavación-sondeo en el yacimiento de Son Real.

Visto el excelente resultado de este primer ensayo, durante el cual se excavaron 6 tumbas (las numeradas del 1 al 6), en 1958 se realizó una campaña más extensa y en 1959 se finalizó la zona hoy excavada.

Mientras se desarrollaba la primera campaña nos preocupó el problema del poblado. Evidentemente, a la larga, interesará mucho poder completar la visión que hoy tenemos de la comunidad que enterró sus muertos en Son Real con el conocimiento y excavación del poblado. En las prospecciones nos llamó la atención un pequeño islote, denominado Illa dels Porros, sito a poca distancia de la costa, a medio kilómetro de la necrópolis. En nuestra primera visita pudimos comprobar la existencia de una capa de tierra en su parte central, ya que en el resto el mar ha denudado la roca de base. Entre la tierra aparecían en superficie algunos fragmentos de cerámica talaiótica, y otra a torno, antigua, así como se podían apreciar restos constructivos a través de algunos sillares toscamente tallados que emergían entre la vegetación. Este descubrimiento motivó que nuestros trabajos se extendieran también a dicho islote, en el que se han realizado tres campañas: una de sondeo preliminar, en 1959, y otras dos, en 1960 y 1961. En 1962 se acabó de excavar la segunda sepultura y se procedió a preparar el terreno para futuros trabajos de más envergadura.

I

LA NECROPOLIS DE «SON REAL»

En la parte central de la extensa y abierta bahía de Alcudia se halla el pueblo de Can Picafort, de creación moderna, nacido como consecuencia de haber sido tomado como lugar de veraneo por numerosos vecinos de las poblaciones interiores de la isla. A dos kilómetros al E. se halla la necrópolis de Son Real, en la finca del mismo nombre, en término de Santa Margarita. La designación del yacimiento lo hemos tomado nosotros, pues, de la finca donde está emplazado. Entre los naturales es conocido el lugar con el nombre de «Cementiri dels fenicis», nombre evidentemente moderno y pseudo-erudito, cuyo origen no hemos podido esclarecer, que debe datar seguramente de la segunda mitad del siglo pasado.

El lugar está constituido por una plataforma costera rocosa formada por roca blanda (playa cuaternaria levantada) conocido localmente con el nombre de *marès*, que se erosiona con relativa facilidad. Por ello existe un general y lento retroceso de la costa ante los embates del mar, que ha afectado una parte considerable del cementerio que nos interesa.

Para visitar el lugar existen dos posibilidades. O bien ir desde Can Picafort, siguiendo el camino litoral no apto para vehículos de ninguna clase, o bien entrar por la casa de Son Real, desde la carretera Alcudia-Artá, construida modernamente. Desde dicha casa puede accederse hasta menos de un kilómetro del yacimiento por un camino forestal accesible a los automóviles.

La necrópolis se halla en una pequeña punta de la costa que entra en el mar (Fig. 2). Las tumbas se hallaban, antes de la excavación, recubiertas completamente por la arena. Sin embargo, afloraban algunas piedras todavía *in situ*, otras eran visibles en superficie por haber sido desplazadas de sus respectivos lugares originarios. Pero lo que permitía hacerse cargo del yacimiento era, sobre todo, el sector destruido por el mar, en el que quedaban algunas construcciones medio derruidas por la acción del oleaje. Asimismo, algunas de las sepulturas habían sido vio-

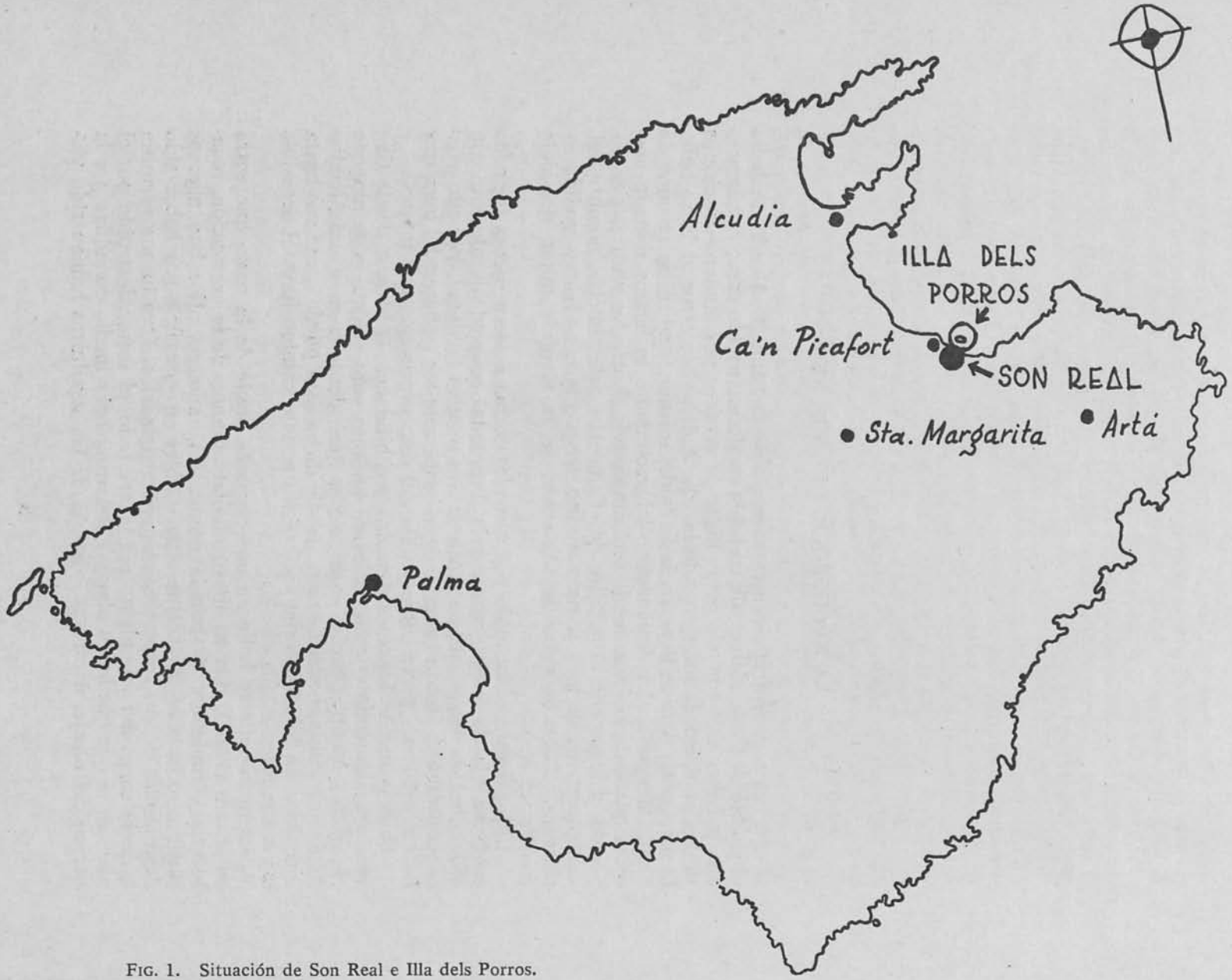


FIG. 1. Situación de Son Real e Illa dels Porros.

ladas —en general, a medias, sin acabar de ser puestas al descubierto—. En conjunto, pues, era fácilmente visible que se trataba de un yacimiento importante y su filiación como necrópolis quedaba fuera de dudas.

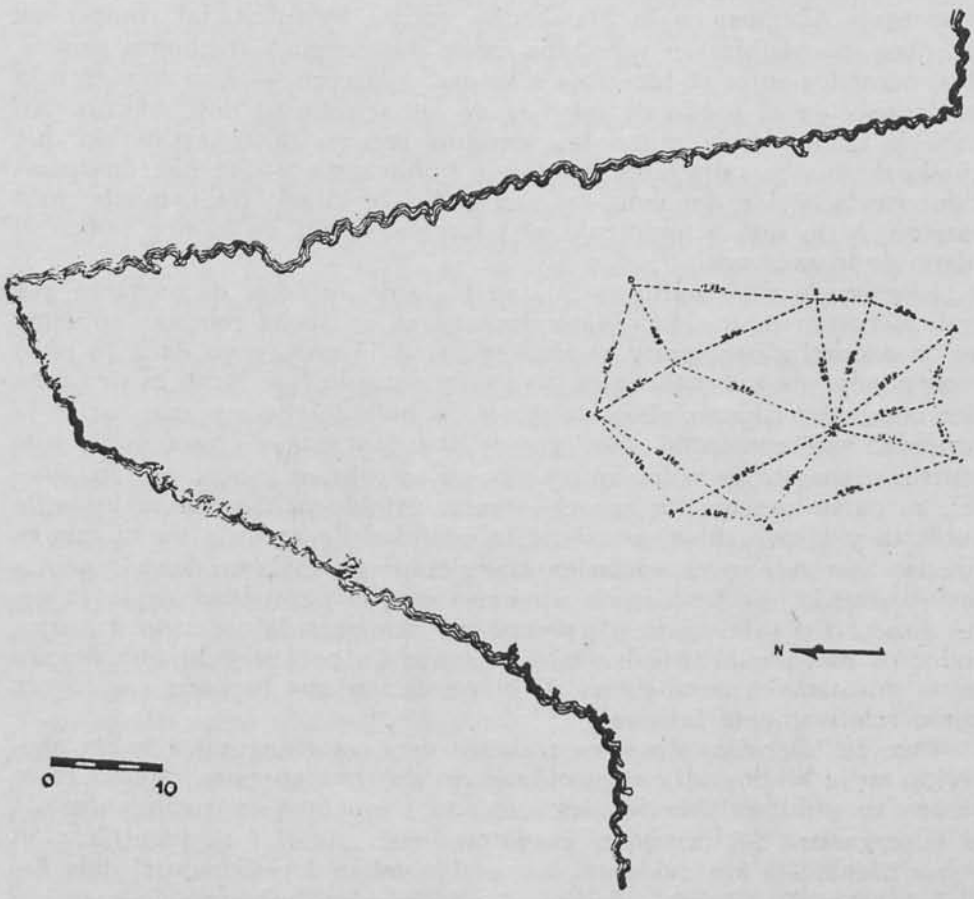


FIG. 2. NECRÓPOLIS DE SON REAL (Mallorca). Puntos topográficos para el plano general.

En la actualidad se ha excavado un espacio aproximadamente rectangular de unos 40 por 25 m., descubriéndose 73 tumbas. La necrópolis no está agotada. Por la parte de tierra hay evidentes indicios de que continúa. Pero habiendo decidido no seguir la excavación antes de tener publicado exhaustivamente lo descubierto hasta ahora, no hemos creído prudente abrir catas para intentar su delimitación para evitar posibles saqueos. Hoy, para una persona no versada en arqueología, la sensación que produce el yacimiento es que está excavado en su totalidad, y esta impresión nos ha parecido conveniente que se mantuviera. No podemos, por tanto, por causa de esta precaución, conocer

la extensión del yacimiento en la parte en que hay que suponer todavía se conserva y podrá ser objeto de futuros trabajos.

En cambio, se aprecia sin lugar a dudas que por la parte del mar debió ser bastante más extensa. No sólo existe el testimonio de las tumbas casi destruidas, pero todavía en parte visibles a que acabamos de referirnos. Además, en la plataforma rocosa inmediata al romper de las olas son visibles en repetidos casos dos amplios regatones excavados, paralelos entre sí, idénticos a los que aparecen —como se verá más adelante— en el fondo de muchas de las sepulturas descubiertas. No cabe la menor duda que tales vestigios son el único testimonio que queda de tumbas similares a las que publicamos y que han desaparecido por la acción del mar. La necrópolis debió ser, pues, mucho más extensa de lo que actualmente se conserva y más de lo que indica el plano de lo excavado.

El número de sepulturas que se hallaron intactas es bastante elevado. Otras habían sido objeto de saqueos en fecha remota; en éstas se ha encontrado revuelto el ajuar y los cadáveres, pero dada lo poco espectacular de los materiales del yacimiento de Son Real, es de suponer que, salvo alguna pieza de metal, lo hallado corresponde casi a la totalidad del contenido. Más graves son los saqueos modernos, que afortunadamente se reducían a unas pocas tumbas y aun, por lo general, en parte intactas, ya que el esfuerzo exigido para remover losas de cubierta y otras caídas, así como la cantidad de arena y tierra que es preciso remover para vaciarlas completamente habían desanimado a los «excavadores» de fortuna. Creemos que la parquedad de los ajuares funerarios y la rareza de piezas que llamaran la atención a gentes indoctos es lo que ha salvado el yacimiento, permitiendo que llegara hasta nosotros en condiciones de conservación que hay que considerar como relativamente buenas.

Cuando iniciamos nuestros trabajos esta estación nunca había aparecido en la bibliografía arqueológica, ni siquiera en estas rápidas menciones en publicaciones locales que son frecuentes en yacimientos de la envergadura del presente. En la tradición popular su identificación como necrópolis era evidente, como el nombre de «Cementiri dels Fenicis» indica. Es posible, además, que tal nombre hubiera sido sugerido por algún investigador local que pudo tener conocimiento del posible hallazgo de perlas de pasta vidriada. Pero de ello nada consta. Algún tiempo antes de nuestra primera visita y del inicio de los trabajos había sido visitada por el entonces Comisario de Mallorca de la extinguida Comisaría de Excavaciones, don Bartolomé Enseñat, de Sóller, según nos informó nuestro buen amigo y eficaz colaborador don Lorenzo Vanrell, cura párroco de Can Picafort, de quien ya hemos hecho mención. Posteriormente ha aparecido una nota en «Noticiario Arqueológico Hispánico», III-IV (1954-55), pág. 59 y lám. LX, debida al citado señor Enseñat, en la que en breves líneas se da cuenta de la existencia de dicha necrópolis y presenta un cráneo trepanado. Pero aunque con pie de imprenta de 1956, el número de «N. H. A.» a que nos referimos apareció posteriormente a 1957, en que se inició nuestra excavación.

Hemos dado hasta ahora dos breves noticias de los trabajos efectuados en Son Real. Una comunicación presentada por L. Pericot y M. Tarradell en el Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas celebrado en Hamburgo en 1958 (L. Pericot-García-M. Tarradell: *Las recientes investigaciones sobre la prehistoria de las islas Baleares,* Bericht über den V.-Internationales Kongress für Vor-und Frügeschichte. Berlín, 1961, págs. 663-666) y el mismo texto traducido al inglés en M. Tarradell-Daniel Woods: *The Cementery of Son Real,* Archaeology, Vol. 12, núm. 3 (Autumn, 1959), págs. 194-202.

Por lo que respecta a la publicación detallada se halla en avanzado estado de elaboración. Dado que nuestro proyecto es seguir la excavación de la necrópolis de la Illa dels Porros todavía algunas campañas anuales más, se ha decidido que Son Real se publicará independientemente, formando un tomo de la serie de monografías de excavaciones de la Fundación que ha patrocinado los trabajos, serie que ha sido iniciada en 1961 con la aparición del estudio de María Angeles Mezquí riz de Catalán *Terra sigillata hispánica.* Daremos en esta obra las circunstancias detalladas de la excavación, tumba por tumba (con dibujo de los ajuares completos y planta y secciones de cada monumento sepulcral), así como el estudio pertinente en relación con los paralelos del resto de la cultura talaiótica. Podemos avanzar que todos los dibujos, tanto planos como representaciones de las piezas de los ajuares, están terminados cuando redactamos esta memoria (primavera de 1963).

Aparte de que siempre la publicación exhaustiva debe ser el corolario de toda excavación, en este caso creemos conveniente dar al máximo los detalles, en especial respecto a la singular arquitectura de los sepulcros, ya que la conservación del yacimiento en un lejano futuro nos parece problemática. El problema de la conservación presenta, en efecto, dos aspectos en este caso. Uno de ellos no es distinto del que plantea toda ruina una vez exhumada; lo hemos atendido procediendo después de la excavación a consolidar las tumbas. Las piedras caídas, siempre que ha habido seguridad *absoluta* de su posición inicial, han sido repuestas y se ha procedido a inyectar cemento entre los bloques, de modo lo más discreto, pero también lo más eficaz posible. Todos los años, antes de comenzar los nuevos trabajos —incluso cuando ya no se excava en Son Real, sino que las excavaciones se han trasladado al vecino islote—, se ha efectuado una revisión del estado general de las tumbas.

Pero hay un segundo factor sobre cuyos efectos, a la larga, es preciso ser pesimista: la proximidad inmediata del mar. Dado que en los grandes temporales de invierno el yacimiento se ve invadido por las aguas y que el proceso de erosión de la plataforma rocosa es lento, pero implacable, cabe pensar que dentro de unos decenios, aun si se mantiene la vigilancia anual que ahora efectuamos, la conservación del conjunto se verá gravemente comprometida.

Dado este estado de cosas, aparte de nuestra preocupación por preparar una publicación con abundante material gráfico tanto en planos de detalle como en fotografías, una de las sepulturas tipo, correspondientes al grupo que hemos denominado I, o sea al de las «microna-

vetas», la sepultura número 52, se trasladó y se montó piedra por piedra en el Museo Arqueológico Municipal de Alcudia, donde se han depositado los restantes materiales. Sería de desear que alguna de las sepulturas que se hallan más próximas al mar y, por tanto, amenazadas de destrucción dentro de un término de tiempo no muy remoto, pudieran, asimismo, ser transportadas y remontadas en algún Museo, y quizá el más idóneo sería —salvo parecer superior— el Arqueológico Provincial de Palma de Mallorca. Es una simple sugerencia nuestra que desearíamos tuviera acogida.

Los tipos de tumbas

El conjunto de las tumbas excavadas hasta ahora pueden dividirse en seis tipos, según sus características constructivas, a las que en algunos casos se unen, para definirlas, particularidades de rito sepulcral.

Estos seis tipos los hemos numerado y clasificado en la forma siguiente:

Tipo 1.—Sepultura de planta rectangular con la cabecera —o sea, uno de los lados menores del rectángulo—, en forma redondeada. Es el tipo más frecuente en la necrópolis.

Tipo 2.—Circulares con aparejo de muros bastante regular, empleadas para inhumaciones colectivas. Sólo se han hallado tres, formando un grupo, ya que se hallan una al lado de la otra y que precisamente fueron las primeras que excavamos (núms. 1, 2 y 3).

Tipo 3—Circulares u ovaladas, construidas con grandes losas, alcanzando menor altura que las anteriores y conteniendo sólo pocos cadáveres. Unicamente han aparecido de este tipo tres tumbas, hacia el sector extremo SW. del cementerio.

Tipo 4.—Rectangulares, de grandes dimensiones y de construcción muy cuidada, con paramento de sillares bien labrados. Sólo han aparecido dos: los números 67 y 68.

Tipo 5.—Rectangulares, unas de técnica constructiva similar a las del grupo 1 y otras con paramentos de menor calidad.

Tipo 6.—De planta rectangular o casi cuadrada; se distinguen muy claramente del resto por su mala calidad de construcción. Construidas con piedra sin tallar y apoyadas no sobre la roca como las anteriores, sino sobre la arena. Todas ellas son de incineración, lo que las singulariza, asimismo, de todos los tipos restantes.

Hay que añadir finalmente, las sepulturas no construidas, o sea, los enterramientos efectuados aprovechando rincones entre sepulturas, sin apenas protección de piedras o sin ellas en absoluto. Estos casos son poco numerosos y casi siempre los restos humanos se han hallado en muy mal estado y casi sin ajuar, pero destaca la sepultura que dio una de las mejores piezas de metal de la necrópolis: un hacha de bronce.

Vista la división de tipos en grandes líneas, podemos ahora describir con más detalle sus características.

Tipo 1.—Ya hemos indicado que se trata de las de planta rectangular, con uno de los lados menores —que llamaremos para simplificar ca-

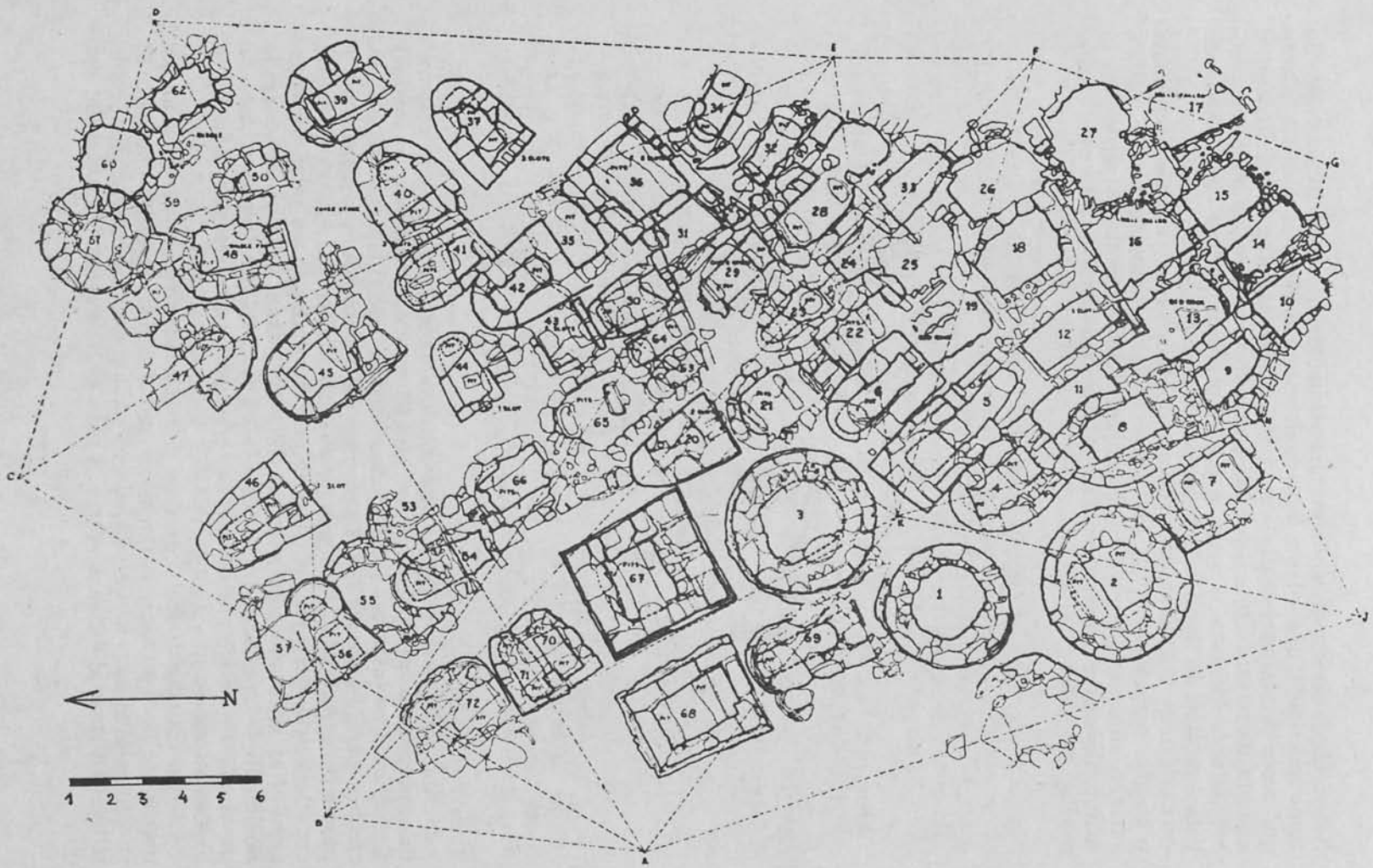


FIG. 3. Plano general de Son Real.

becera de la tumba— en forma aproximadamente semicircular, que da como resultado una planta que podríamos denominar absidal, planta que recuerda en pequeño la forma de los monumentos conocidos con el nombre de *navetas*, típicos de la civilización indígena de Mallorca y sobre todo de Menorca, y de aquí que el profesor Pericot haya propuesto para este tipo de Son Real el nombre de *micronavetas*.

Es el tipo clásico de nuestra necrópolis, por ser el más abundante y el más característico de las primeras fases cronológicas. Se hallan, además, dispersas por todo el conjunto del cementerio, menos en el sector SE. de la parte excavada, que corresponde a la fase más reciente (Fig. 4).

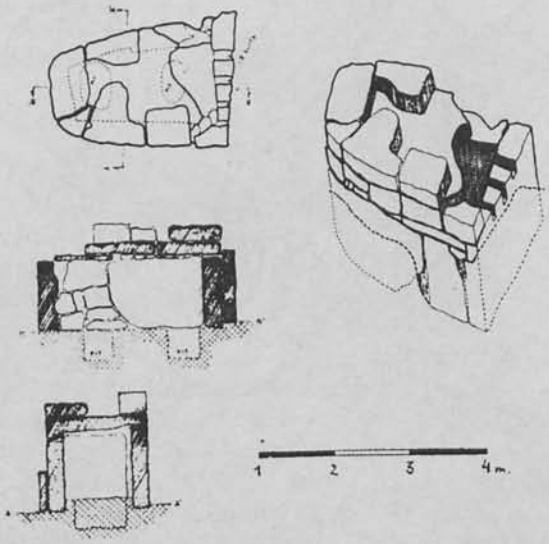


FIG. 4. Sepultura del tipo 1: planta, alzados y perspectiva.

Como todas las del grupo que consideramos antiguo, están construidas apoyadas sobre la roca virgen, constituyendo el fondo de las mismas. En su interior la roca ha sido tallada, excavando dos fosas largas y estrechas paralelas a los lados menores del rectángulo que constituye la planta, una próxima a los pies y otra a la cabecera. Ambas fosas son características del tipo que describimos, no faltando en ninguna de las sepulturas excavadas del grupo 1. Son de planta rectangular alargada. Su longitud depende del ancho de la tumba, ya que alcanzan hasta las proximidades de los muros laterales y su anchura es irregular (de 20 cm. hasta casi medio metro).

Sobre este fondo de roca (con las señaladas fosas) se levantan los muros de la sepultura. Están construidos con paramentos de tipo diverso. En ocasiones hay grandes losas en la parte baja o en algún sector, si bien en general éstas se reservan para el frente más estrecho del rec-

tángulo, contrario al ábside. El tipo normal de muros lo constituyen piedras de tamaño mediano, con alguna labra, sin llegar por lo general a poderse llamar sillares. Con frecuencia el paramento interior está formado por piedras más pequeñas, presentando el muro una doble construcción: la externa, de piedra mayor; la interna, más pequeña.

La piedra tallada con mayor perfección y cuidado es la que corresponde a la parte redondeada, del ábside, con el objeto de darle la curvatura correspondiente.

La cubierta está constituida por varias grandes losas. Las que corresponden a la parte absidal, de forma, aproximadamente, de una media circunferencia; las restantes, más o menos rectangulares. Su número depende del tamaño.

Algunas tumbas presentan la particularidad de tener unos agujeros, a modo de pequeñas ventanas, en el muro opuesto al ábside, en la parte superior. Como ya se ha indicado que frecuentemente dicha pared está construida con grandes losas, se han tallado en el borde alto de éstas. Estas pequeñas ventanas pueden ser en número de una, de dos o de tres.

Cuando son más de una se hallan siempre a la misma altura. Miden, por regla general, entre 8 × 10 cm. y 12 × 17 cm., siempre la dimensión mayor en sentido vertical.

Las tumbas del tipo 1 contienen siempre pocos cadáveres. Algunas contienen sólo uno; otras, dos. Es decir, tienen un marcado carácter individual o familiar en sentido estricto.

Cuando contienen uno sólo o dos, están situados en el fondo de roca entre las dos fosas, en posición encogida —en cuclillas—, siempre con los pies en dirección al ábside y el eje del cuerpo paralelo al lado mayor.

En caso de haber más de uno o dos cadáveres, aparecen dos niveles superpuestos, pero la disposición se mantiene siempre igual.

La posición en cuclillas es típica de todas las sepulturas de la necrópolis, de cualquiera que sean los tipos constructivos, excepto en el caso de nuestro tipo 6, colectivas de incineración, en el que, claro está, no hay posibilidad de determinar posiciones.

Por ello no será necesario repetir en los grupos que trataremos a continuación la cuestión de la posición de los cadáveres. La contracción del cuerpo es violenta, sólo explicable a través de sólidas ataduras: en efecto, las rodillas se hallan con mucha frecuencia casi tocando la barbilla. Los brazos, también flexionados con fuerza, con las manos junto a la cabeza, de forma que la columna vertebral aparece siempre arqueada.

De las 73 tumbas excavadas, 31 corresponden a este tipo.

Tipo 2.—Tumbas circulares, de inhumación colectiva. Sólo hemos excavado tres: los números 1, 2 y 3 del plano.

Aunque no son perfectamente circulares, pueden ser llamadas así, pues la irregularidad que se observa se debe a deficiencias de construcción; es evidente que la intención de los constructores fue de edificarlas circulares. Su diámetro se aproxima a los 4 y 5 m. en las dos mayores (las números 2 y 3), por el exterior, y midiendo unos 2 m. el diámetro

interior. Por el interior miden, en su estado actual, algo más de un metro de altura (Fig. 5).

El paramento externo es de piedra regular, medianamente escuadrada y con la superficie exterior ligeramente redondeada para facilitar la forma de círculo de la planta. Estas características se acusan mucho más en las hiladas superiores. El paramento interno es de piedra más pequeña y sin labra. En su estado actual nada queda de la cubierta. Pero varios indicios nos permiten suponer que se cubrían con falsa bóveda.

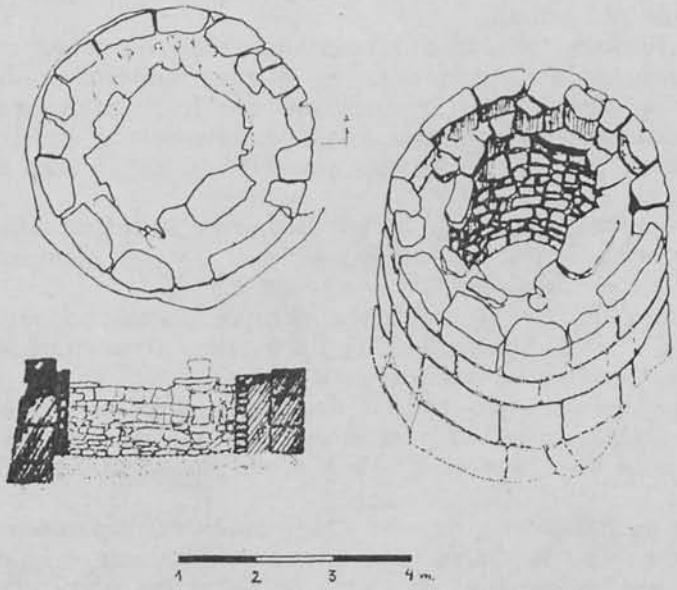


FIG. 5. Sepultura del tipo 2: planta, alzado y perspectiva.

La número 1 presenta, en su suelo de roca, las dos depresiones paralelas talladas que hemos señalado como típicas del fondo de las sepulturas del tipo anterior. La número 3 tenía como fondo una gran laja, mientras que la 2 no presentaba particularidades especiales.

El interior de estas sepulturas se halló intacto. Los individuos se habían inhumado, siempre en posición encogida, sin orden aparente, formando un verdadero amontonamiento de cadáveres, que resultaban muy difíciles de diferenciar.

Tipos 3 y 4.—Ambos son poco corrientes, por lo que dejamos su estudio para la memoria definitiva.

El tipo 3 parece una degeneración del 2, dada su forma circular, pero se diferencian por su construcción y por el rito sepulcral. Ya hemos indicado que las circulares del tipo 2 son de buena construcción y de inhumación colectiva, mientras que las del tipo 3 —de las que sólo

se han excavado tres sepulturas— contienen escaso número de cadáveres y constan de pocas y grandes losas.

En cambio, las del tipo 4, de las que sólo han aparecido dos (las numeradas 67 y 68), una al lado de otra, con ejes paralelos entre sí, figuran entre las más monumentales de la necrópolis. Son de planta cuadrada, elevadas con sillares bien tallados y ensamblados (Fig. 6). Presentan ambas las dos pequeñas trincheras excavadas en la roca del fondo, típicas de las *micronavetas* del tipo 1, así como las ventanas laterales que hemos señalado en las del tipo que acabamos de indicar. Ambas habían sido violadas de antiguo, pero los restos hallados permiten suponer que contenían varios cadáveres inhumados, sin que puedan llegar a ser consideradas tumbas colectivas.

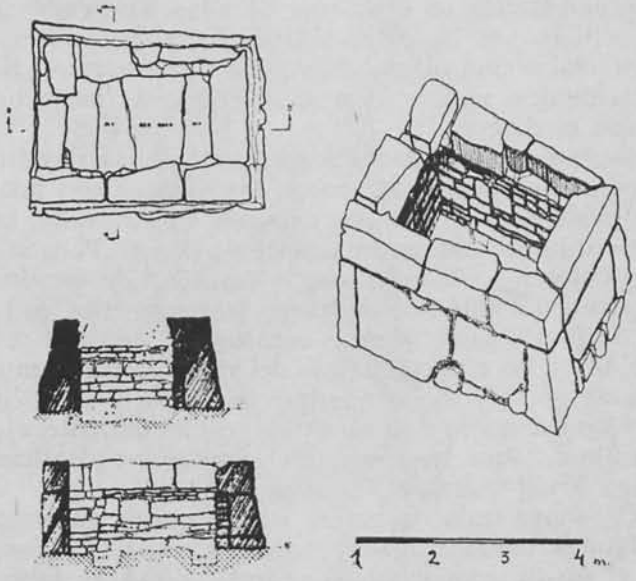


FIG. 6. Sepultura del tipo 4: planta, alzado y perspectiva.

Tipo 5.—Constituyen un grupo compacto, sito casi todas ellas en el lado SE. de la zona excavada, pero sin llegar al extremo ocupado, como se verá, por las sepulturas de incineración. En ciertos casos las tumbas de este tipo se edificaron aprovechando espacios intermedios entre otras de tipos anteriores, por lo que hemos de considerar que no constituyen parte del grupo más antiguo. Dentro del tipo caben distinguir variantes, tanto en técnica de construcción como en otros detalles. Son siempre de inhumación y contenían uno o varios cadáveres, pero siempre en todo caso en número limitado.

Tipo 6.—Las tumbas de este grupo constituyen algo aparte del resto de la necrópolis. Se distinguen fundamentalmente por tres características: por el rito de la incineración, por su construcción poco cuidada (planta generalmente rectangular, piedra sin labra, muros apoyados no

en la roca de fondo, sino en la arena) y por sus ajuares cronológicamente posteriores a los de los tipos 1 a 5. Asimismo, su situación en el extremo SE. del cementerio parece indicar una fase final, cuando la zona central estaba ya totalmente ocupada, lo que está de acuerdo con lo indicado por los hallazgos de su interior.

Los ajuares

Ya hemos indicado que la división en grupos, salvo el aspecto inhumación (grupos 1 a 5) e incineración (grupo 6), se ha hecho básicamente sobre el aspecto constructivo de las tumbas. El rito se mantiene similar en todas las tumbas de inhumación y lo único que varía es el número de individuos enterrados en cada una de ellas. Los cadáveres se hallan siempre en cuclillas, con las extremidades fuertemente flexionadas y sin que pueda apreciarse una orientación fija de los cuerpos en relación con los puntos cardinales, ya que la posición depende de la orientación de las tumbas, que es diversa.

Frente a la monumentalidad del conjunto de las sepulturas, que podía hacer esperar hallazgos numerosos, los ajuares son pobres. Naturalmente, como el número de tumbas excavadas es elevado, hemos podido recuperar, en conjunto, una notable serie de piezas. Pero si comparamos la interesante colección obtenida con la cantidad de sepulturas exhumadas y el aspecto arquitectónico de buena parte de ellas, es fácil observar que se trata de tumbas con ajuares escasos.

Ello es debido a las características del rito funerario, mucho más que a los saqueos antiguos y modernos que un cierto número de sepulturas han sufrido. Rito funerario que no exigía, evidentemente, el que se depositaran otros objetos que los que la persona enterrada llevaba habitualmente encima: joyas y armas.

Así destaca, sobre todo, la rareza de las piezas cerámicas. Sólo por excepción, algunas pocas tumbas contenían vasijas, todas ellas de un mismo tipo: el vasito troncocónico con una o dos asas, fabricado a mano con pasta poco depurada, tipo bien conocido en la cultura talaiótica balear (Fig. 11).

El material más abundante es el hierro. Por desgracia, a la poca resistencia habitual al paso de los siglos hay que sumar en este caso la proximidad del mar, lo que quiere decir que en la mayoría de los casos las piezas han aparecido en pésimo estado de conservación. Como armas, lo más corriente son cuchillos, puntas de flecha o de lanza y puñales. Como ejemplar excepcional tenemos un puñal o espada corta de antenas (procedente de la tumba 6) (Fig. 9). Una gran parte de los objetos de hierro eran joyas: anillos de sección circular, simples, y brazaletes en espiral (Figura 10).

También es frecuente el bronce, destacando entre los hallazgos (Figura 7) un hacha tubular con asa lateral, una punta de lanza, una placa vagamente circular con mango que quizá cabría interpretar como una navaja de afeitar y una fíbula aquiliforme —procedente ésta de una tumba de incineración—. Asimismo, aparecieron las varillas y placas de uso

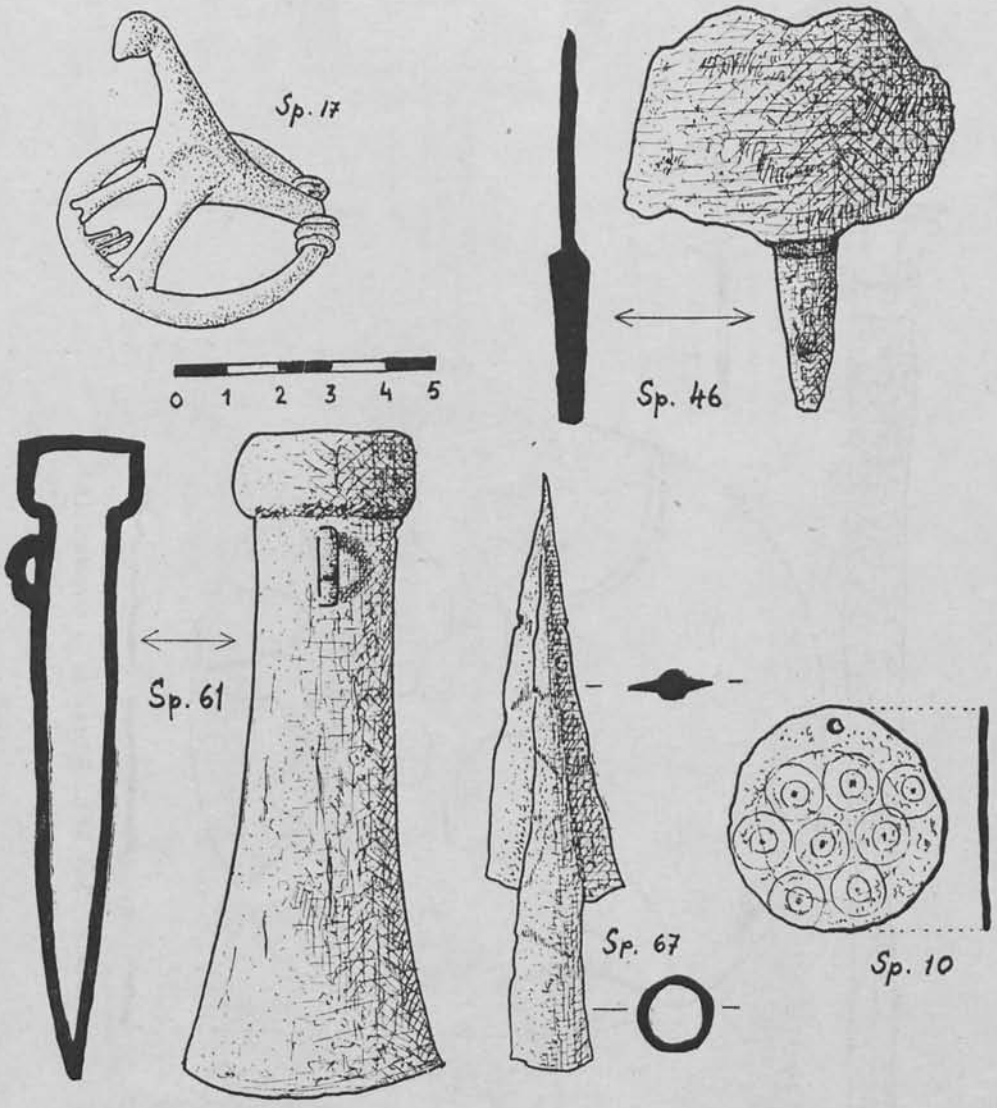


FIG. 7. SON REAL. Materiales en bronce, de varias tumbas.

desconocido que se conocen en otros yacimientos talaióticos (Fig. 8). El material de bronce apareció en pésimo estado, y tuvimos la precaución de dibujar y fotografiar las piezas poco después de su hallazgo, ya que su posibilidad de conservación es muy problemática.

El único elemento que parece formar parte del ritual funerario como pieza que no parece poder interpretarse como de uso corriente es una pieza de hueso, tallado en forma que recuerda en ciertos casos una seta

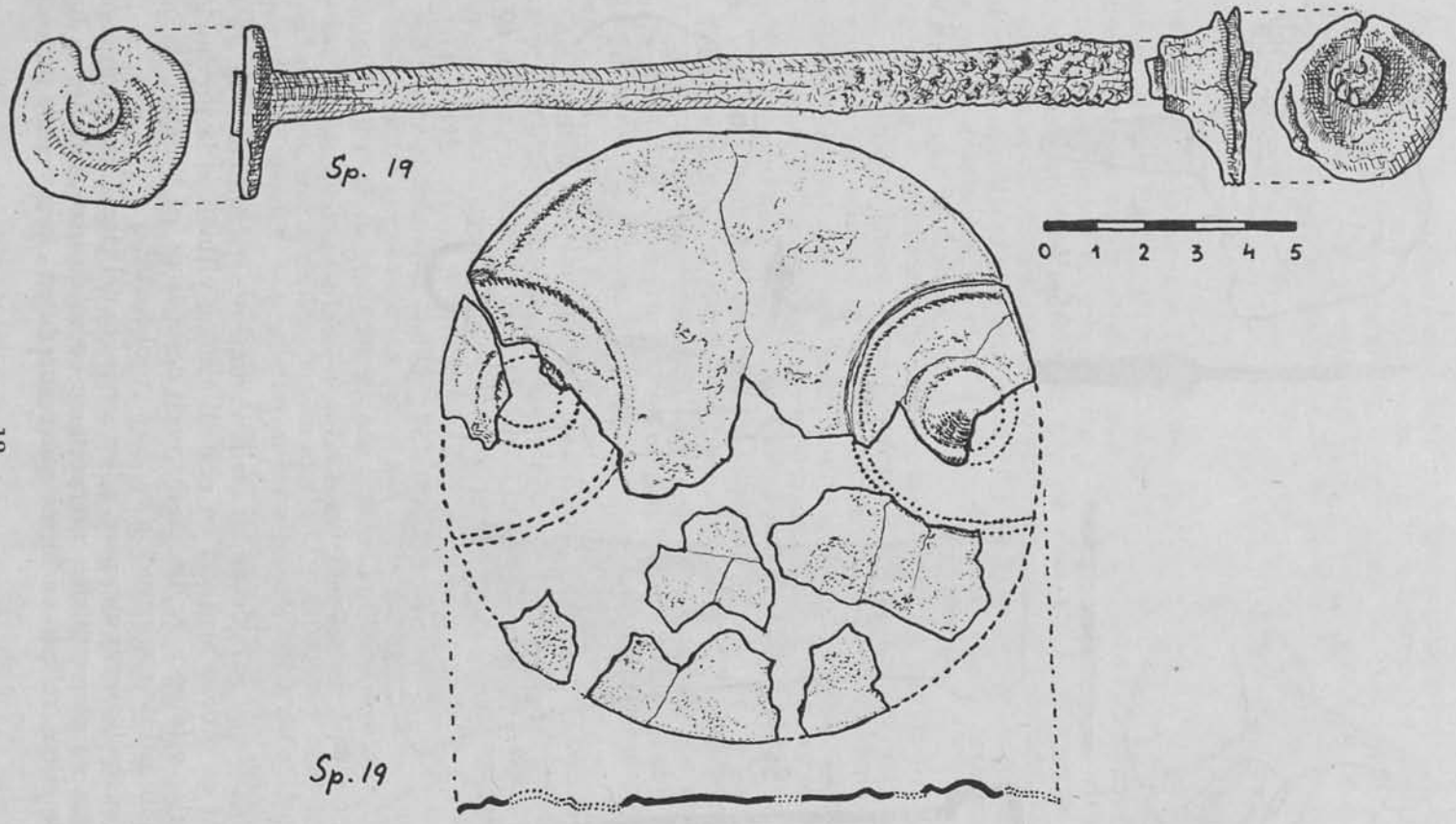


FIG. 8. SON REAL. Bronce de la sepultura 19.

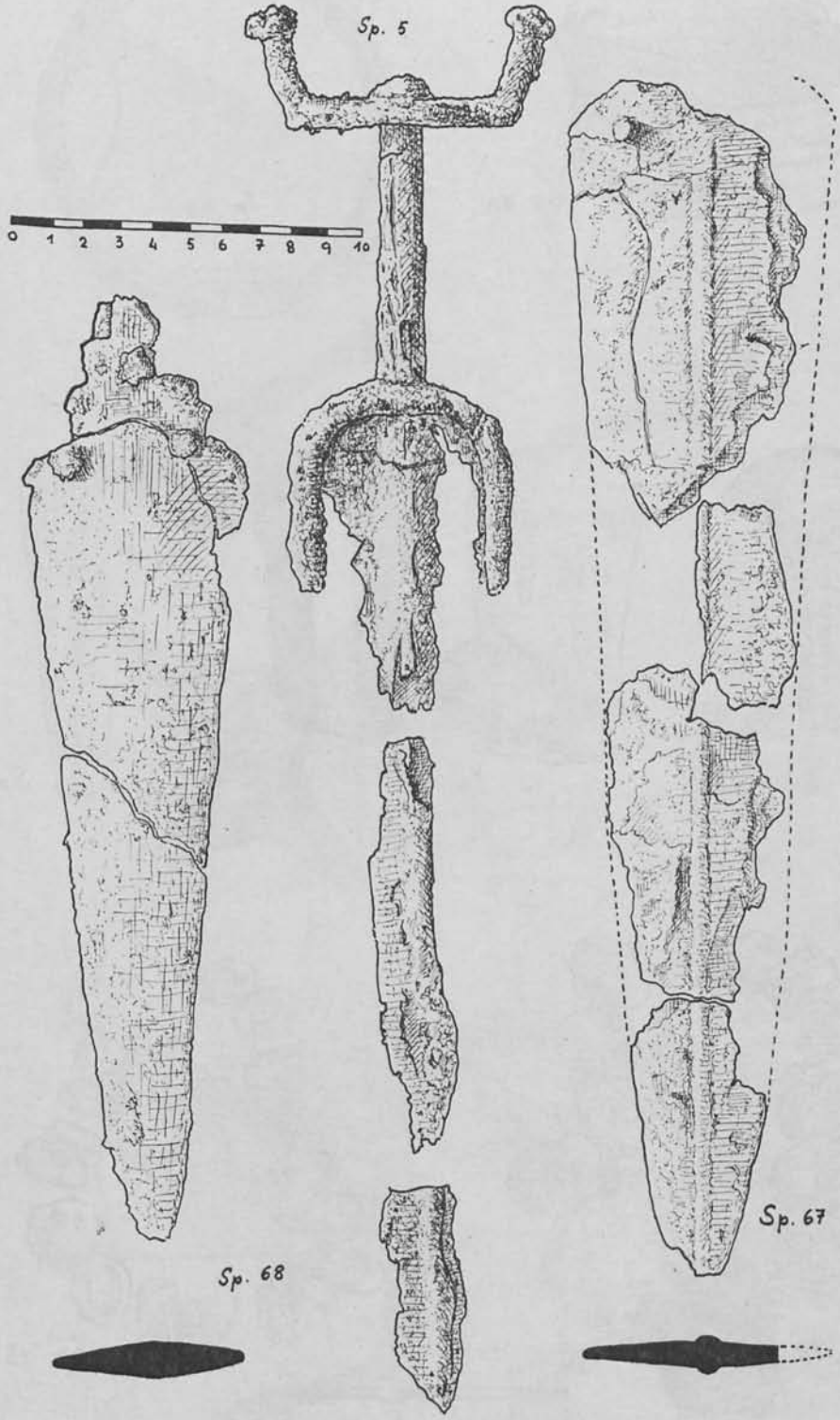


FIG. 9. SON REAL. Objetos de hierro, de varias tumbas.

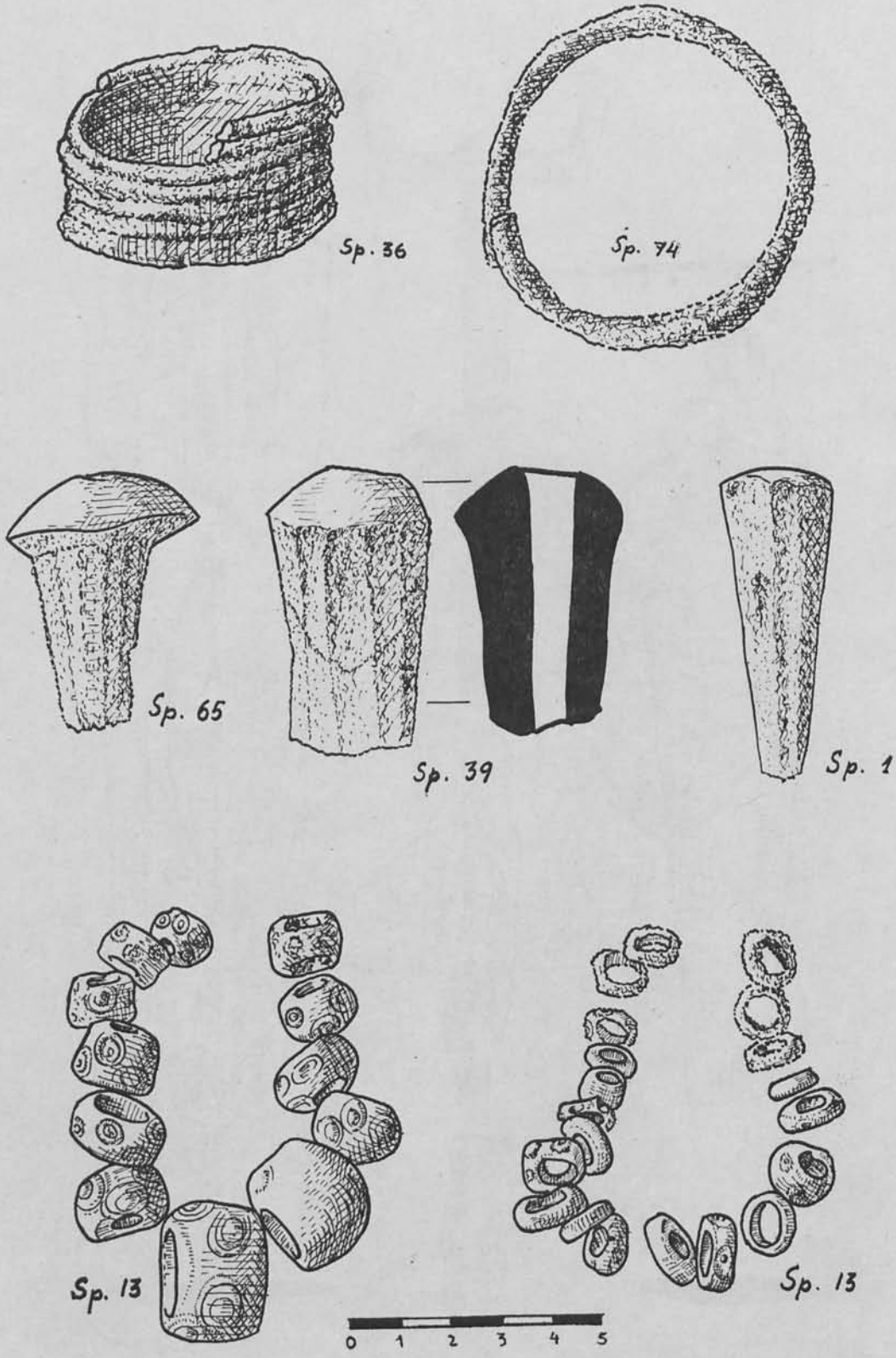


FIG. 10. SON REAL. Brazaletes de hierro, huesos trabajados y perlas de pasta vítrea, de varias sepulturas.

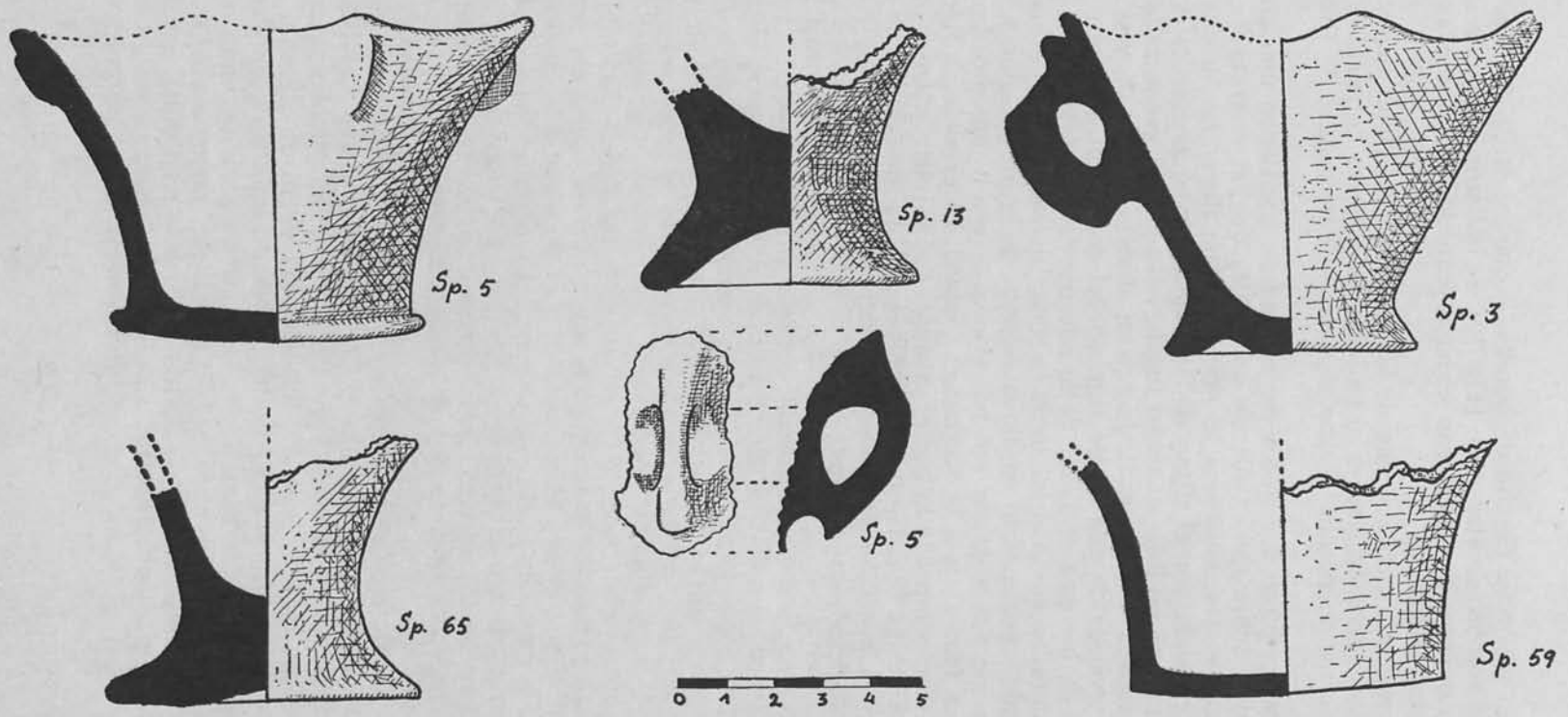


FIG. 11. SON REAL. Cerámica talaiótica, de varias tumbas.

y otros un tapón de corcho de botella, y que nuestros obreros bautizaron con el nombre de «tapones» (Fig. 10). Se hallaron ejemplares, a veces varios, en numerosas sepulturas. Existen paralelos en las cuevas talaióticas de enterramiento.

Ya hemos indicado que una de las características más destacadas de las tumbas de incineración es el hallazgo de collares de pasta vítrea, sin duda importación púnica —cabe suponer que procedían de Ibiza— (Figura 10).

De este conjunto son pocos los elementos que tienen una cronología muy precisa, sobre todo teniendo en cuenta que, si se trata de producciones locales, desconocemos lo que pudieron durar las modas en Mallorca en relación con el ritmo de las realizaciones continentales, teniendo en cuenta el posible arcaismo insular. No parece aventurado colocar la citada espada de antenas de hierro en el siglo VI a. J. C., y si recordamos que procede de una de las tumbas del grupo antiguo, pero posiblemente no de las más antiguas de la necrópolis, los siglos VII-VI parecen ser considerados como el inicio de la zona excavada. Durante los siglos V y IV probablemente debió continuar el rito de la inhumación y las tumbas de incineración deben ser posteriores a este momento, bordeando ya la época inmediata a la ocupación romana. La cronología final, como se verá, viene comprobada por el estudio —sólo iniciado en el momento de redactar estas líneas— de la necrópolis de la inmediata Illa dels Porros. Pero es preciso un estudio más detenido para intentar conclusiones cronológicas más seguras.

II

LA NECROPOLIS DE LA «ILLA DELS PORROS»

Ya hemos indicado cómo durante los trabajos en las tumbas de Son Real descubrimos el yacimiento del islote inmediato. Se trata, más que de una isla, de una roca plana que aflora a poca distancia de la costa a la que estuvo unida en fecha indeterminada, pero geológicamente muy próxima a nosotros (sin que pueda afirmarse si en el momento en que fue usada como cementerio se hallaba ya separada de la costa).

Su eje mayor, que corresponde a NE.-SW., mide unos 70 m., y su eje menor, de NW. a SE., unos 45. Toda la mitad N. es una roca plana batida por las olas, pues se eleva poco sobre el nivel del mar. La mitad meridional contiene el yacimiento, cubierto por tierra vegetal, formando un leve montículo donde crece la hierba. Al parecer toda la zona con tierra contiene vestigios arqueológicos, pero hasta el momento únicamente se ha excavado una zona de 16 por 9 m., en la que han sido halladas dos tumbas excavadas en la roca formando sendas cámaras a las que descendía por escaleras. Ambas contenían gran cantidad de restos humanos incinerados. Posteriormente al abandono de dichas cámaras sepulcrales se estableció una necrópolis de inhumación sobre sus ruinas que denominamos nivel I.

Nivel I.—Constituye la primera capa del yacimiento hasta una profundidad que oscila entre 60 y 90 cm., según los puntos. Los primeros 30-40 cm., constituidos por tierra vegetal; aparece a continuación un tosco enlosado formado por piedras planas sin señal de labra, que se conserva sólo en algunas zonas. Otras piedras, asimismo sin trabajar, forman diversas alineaciones que dan la impresión de haber sido como recintos más o menos regulares. El grado de destrucción en que se hallan dichas alineaciones, debido sobre todo a la acción del mar y, asimismo, la escasa amplitud de la zona exhumada, no permiten por el momento comprender su disposición.

En la zona que corresponde a la cámara B del segundo nivel, en que el estrato a que nos referimos se hallaba en mejor estado, se ha podido comprobar la existencia de dos tipos de enterramientos:

Nivel I, a, superior, correspondiente a la capa que sigue a la tierra vegetal de superficie, con inhumaciones en decúbito supino.

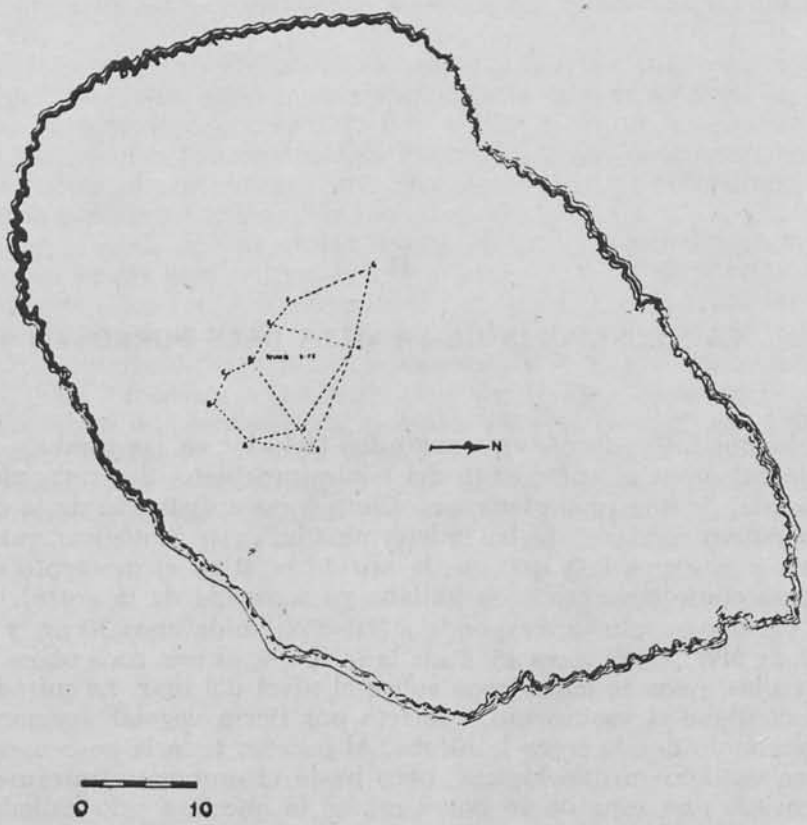


FIG. 12. Croquis y cuadrícula topográfico de la Illa dels Porros.

Nivel I, b, inmediatamente debajo, aparecieron algunas inhumaciones en cuclillas. Uno de los cadáveres tenía a su lado una lucerna romana tipo Dressel 1, a la que falta el pico, pero se aprecia el inicio de una voluta, y que puede fecharse en la primera mitad del siglo I de nuestra Era. Otro de los cadáveres en estas condiciones tenía como ajuar único una placa de bronce en forma de doble hacha (Fig. 14).

La característica de los enterramientos de este nivel I, en cualquiera de sus dos fases, *a* y *b*, es que no existen tumbas construidas. Los enterramientos se han hecho en la tierra y como máximo tienen algunas piedras en torno al esqueleto, sin disposición constructiva.

Nivel II.—Al fondo del nivel I se observaba en los sectores mejor conservados la presencia de numerosas losas de buen tamaño, situadas

irregularmente, dando la impresión de ruinas de una edificación. Seguidamente, al continuar los trabajos, pudo comprobarse que se trataba de la cubierta hundida de las construcciones del nivel II.

Estas, como ya se ha adelantado, constituyen dos cámaras sepulcrales excavadas en la roca, de forma vagamente circular. Ambas son parecidas. Se accede por una estrecha escalera de cuatro peldaños, tallados, asimismo, en la roca, estando situadas las entradas a las dos cámaras

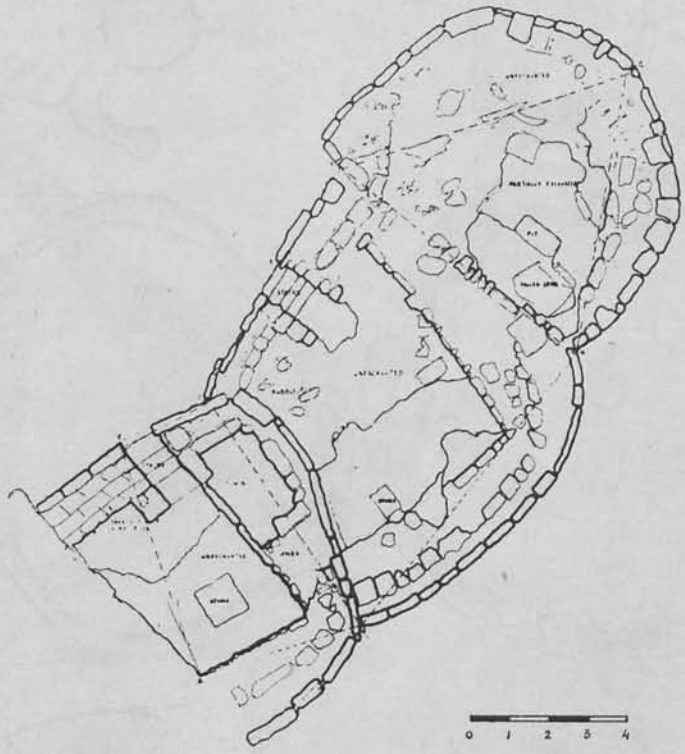


FIG. 13. Illa dels Porros. Croquis de la zona excavada.

en el mismo frente (el NW.), y siendo las escaleras de descenso aproximadamente paralelas entre sí. En el interior de las cámaras, la única particularidad constructiva es la presencia de pilares de sección cuadrada o ligeramente rectangular, obtenidos de la misma roca al vaciar las cámaras; es decir, al tallar la roca se reservó la parte que se proyectaba ser pilar, dándole la forma deseada, y asegurándose así una solidez considerable al apoyo de la cubierta.

Sólo caben conjeturas sobre ésta, ya que los únicos indicios que poseemos son: *a)* la presencia de los pilares, que se completaban en la parte superior con piedras de sección circular, de las que han aparecido varias, algunas «in situ», encima de los pilares; *b)* las losas de la parte superior del nivel, que, como se acaba de indicar, deben interpretarse

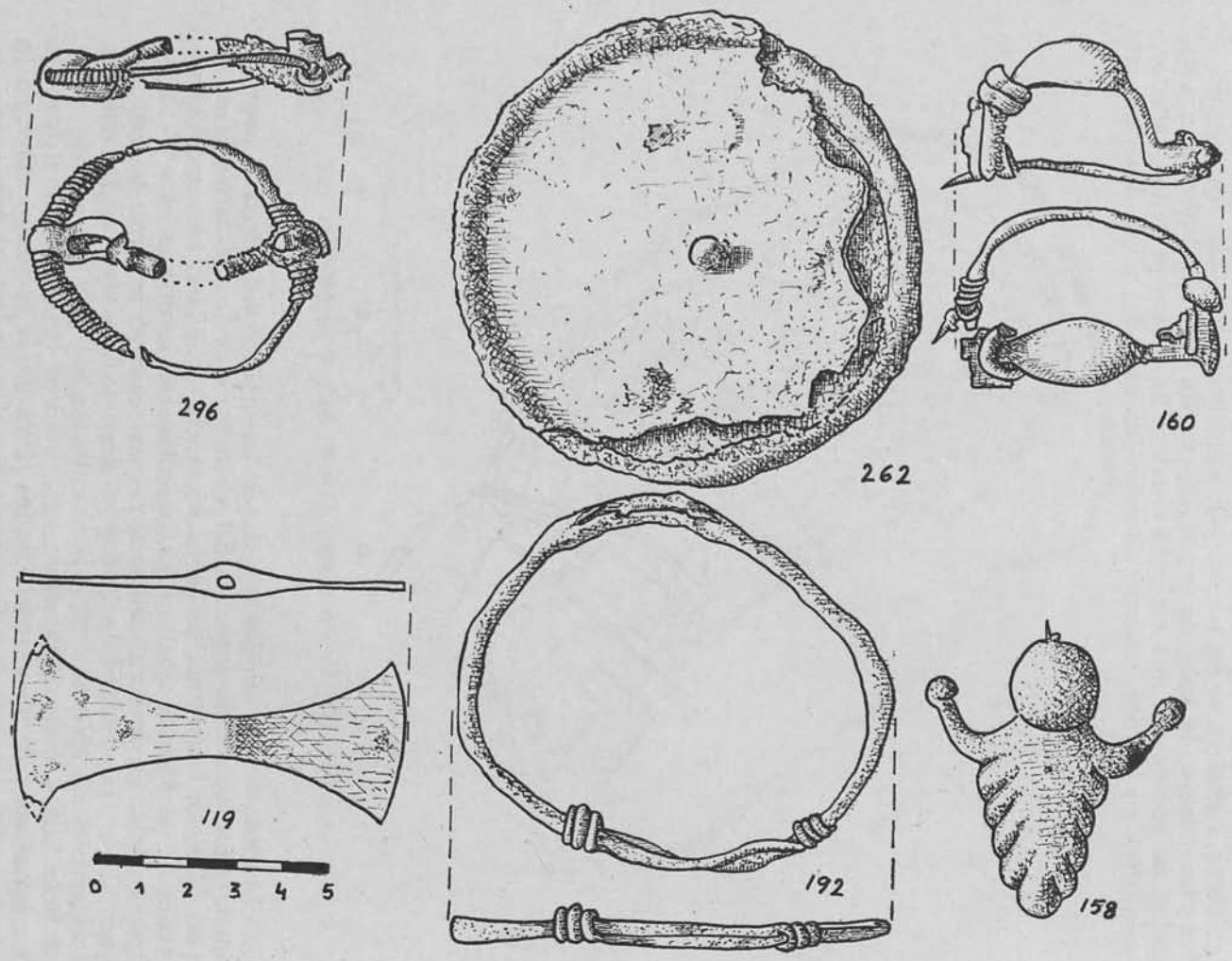


FIG. 14. Apiar de la Illa dels Porros (bronce y hierro).

como caídas de la cubierta; *c)* la inclinación de la parte superior del muro tallado en la roca, a todo alrededor de la cámara, hacia la parte de dentro, que parece iniciar una falsa cúpula. Por todo ello nos inclinamos a suponer que la falsa cúpula era el sistema seguido para cerrar ambas cámaras.

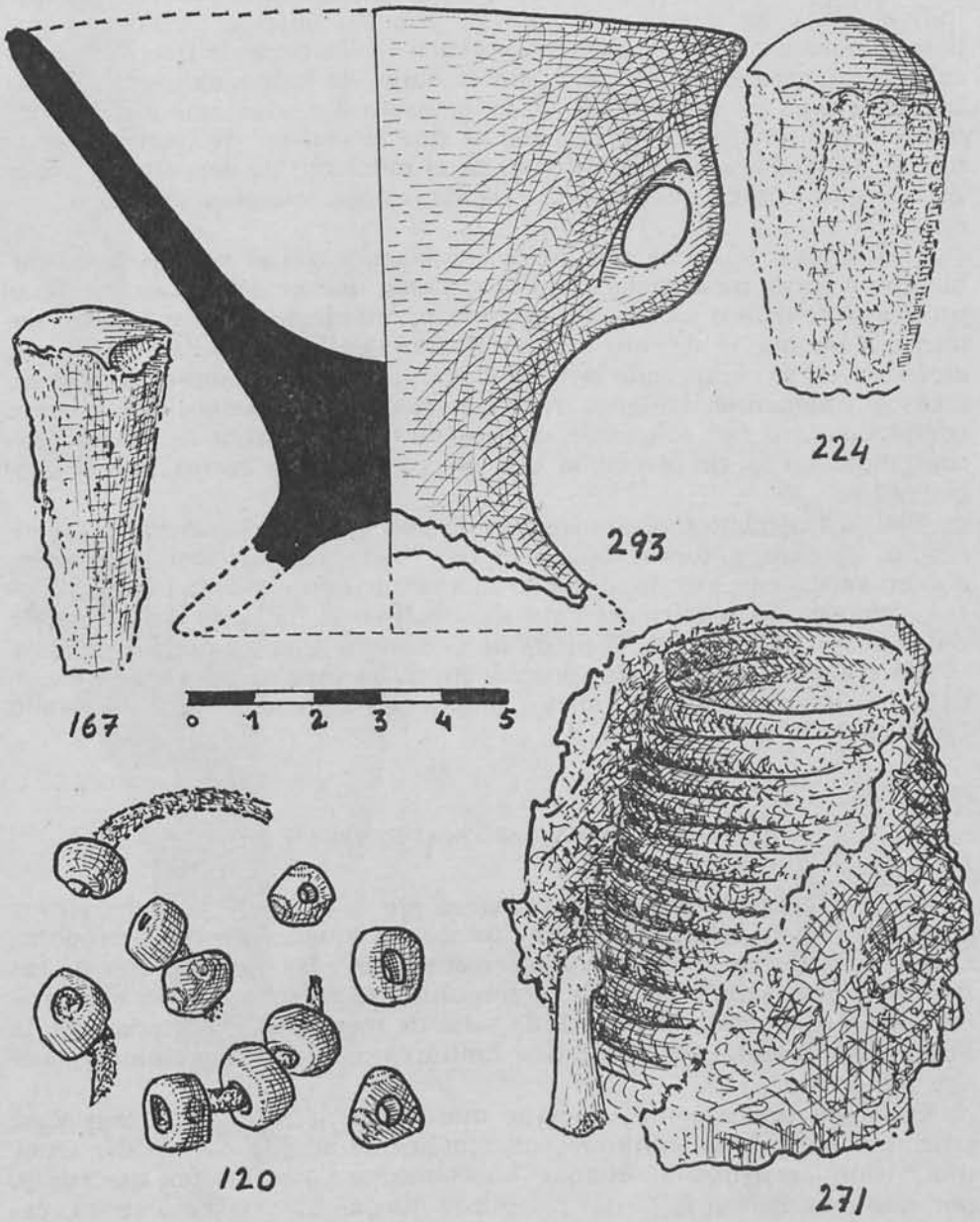


FIG. 15. Ajuar de la Illa dels Porros.

Su interior está formado por una gran masa de cenizas, resultado de las incineraciones, muy numerosas, efectuadas en el mismo lugar, mezcladas con fragmentos de carbón, huesos por lo general reducidos a fragmentos y muy quemados, y asimismo, algunas piedras pequeñas, tierra, arena y, en ciertas zonas, restos de cal.

Por lo que puede desprenderse de las observaciones efectuadas, después de realizada cada una de las incineraciones (que parecen siempre individuales), los restos del cadáver, con los objetos de adorno que llevaba consigo, eran recubiertos por una ligera capa de tierra, arena y cal. En la mayoría de los casos, sin embargo, la individualización de las incineraciones es muy difícil, dada la profusión y el amontonamiento que se produjo; parece ser, en efecto, que al realizar un nuevo enterramiento se tendía a nivelar el fondo en el momento de depositar el cadáver, lo que explica que en determinadas zonas aparezca un cierto desorden.

Los objetos hallados son pocos en relación con el número presumible de personas incineradas. Parece evidente que no se depositaba ajuar propiamente dicho; los objetos aparecidos, en efecto, corresponden solamente a los que el difunto llevaba encima: anillos, brazaletes, collares, etcétera. Así se comprende la falta de cerámica, por ejemplo, ya que los escasos fragmentos hallados nunca pertenecen a vasijas que puedan completarse, ni tan sólo unir algunos de ellos; se trata de fragmentos contenidos en la tierra con la que se recubrían los restos una vez incinerados.

Dichos fragmentos cerámicos son de dos tipos: de la cerámica talaiótica, o, de otra, a torno, casi siempre perteneciente a vasijas grandes, que en varios casos se han podido identificar con seguridad como ánforas romanas. Es particularmente significativo el hallazgo de un asa de ánfora, tipo Dressel 1, en el fondo de la cámara A, entre cenizas y tierra.

Un fragmento de carbón, procedente de la capa inferior de la cámara B, ha sido analizado en Estados Unidos por el método del C. 14, dando fecha de 2.430 ± 200 años B. P.

Conclusiones preliminares

En una breve Memoria preliminar como la presente no cabe entrar en el estudio comparativo de las tumbas y ajuares de las necrópolis. Quede para las respectivas publicaciones detalladas de cada uno de los dos conjuntos sepulcrales que, como antes se ha indicado, se está preparando y aparecerán dentro de la serie de monografías editadas por la Fundación Bryant en España. Nos limitaremos aquí a un rápido encuadre histórico.

Conviene previamente observar que de la necrópolis de Son Real tenemos excavado un conjunto suficientemente amplio para poder tener una visión aproximada. Aunque no conocemos sus límites exactos y, por tanto, se ignora la parte que puede quedar todavía bajo tierra, parece prudente considerar, dada la relativa homogeneidad de lo hallado,

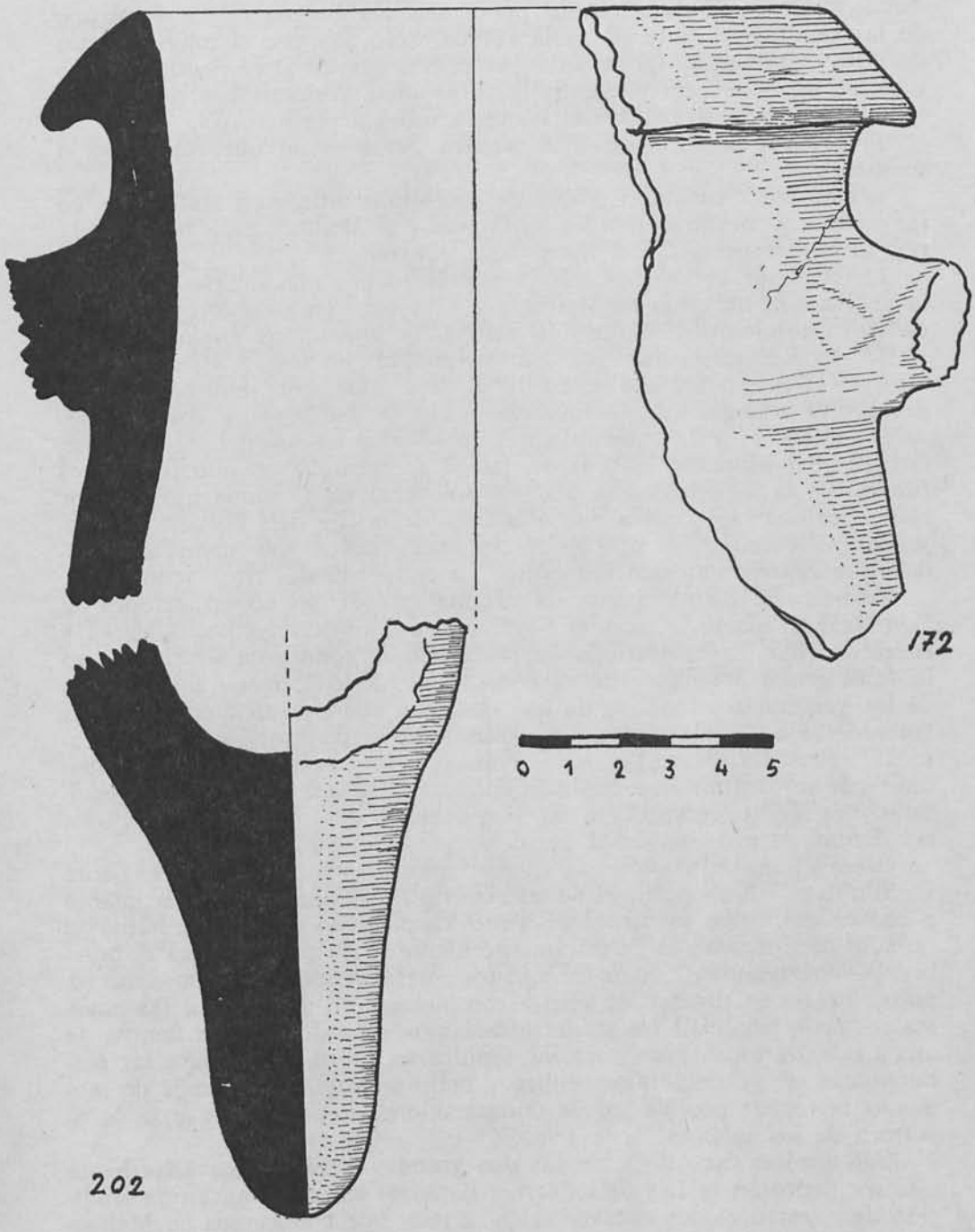


FIG. 16. Ajuar de la Illa dels Porros, ánforas romanas.

que no caben grandes sorpresas. Es decir, posibles novedades que pudieran venir a cambiar el actual panorama. No podemos decir lo mismo de las sepulturas de la Illa dels Porros. Sólo hay por el momento dos de ellas exhumadas. Ignoramos qué puede dar de sí el resto del yacimiento. De Son Real podemos intentar unas conclusiones provisionales bastante aproximadas. Del islote es todavía prematuro.

Tres datos seguros creemos pueden darse como obtenidos por el momento:

1.ª Se trata en ambos casos de necrópolis únicas en Mallorca y en las restantes Baleares (así como en todo el Mediterráneo occidental), por lo que respecta a sus tipos constructivos.

2.ª A pesar de ello, ambas necrópolis deben clasificarse dentro de la civilización indígena de Mallorca y Menorca conocida con el nombre de cultura talaiótica, dados los materiales aparecidos en las tumbas.

3.ª Cronológicamente, los dos yacimientos enlazan. La serie se inicia con el grupo antiguo y medio de Son Real, con inhumación. Las del grupo reciente (de incineración) son probablemente contemporáneas —o sólo muy ligeramente anteriores— al comienzo del uso de la necrópolis del islote de los Porros. Luego se continúa usando para fines funerarios la isla, mientras que en Son Real no tenemos indicio, por ahora, de una fase equivalente a la final de la Illa dels Porros. En conjunto, pues, deben ser necrópolis pertenecientes a una misma comunidad que representan dos momentos sucesivos de sus ritos sepulcrales.

Respecto al primer punto, la originalidad de las construcciones de Son Real, respecto a todo lo hasta ahora conocido en las Baleares y fuera de ellas, es incuestionable. Nada hemos podido hallar similar en la bibliografía arqueológica, ni consultando a los buenos conocedores de los yacimientos inéditos de las islas. Así, cuando iniciamos nuestros trabajos, y antes de que aparecieran ajuares con piezas cronológicamente fechables con seguridad, tuvimos la impresión que nos hallábamos ante un conjunto mucho más antiguo de lo que realmente ha resultado. Por lo que respecta a su singularidad dentro del Mediterráneo occidental, su falta actual de paralelos es indiscutible.

Cabe señalar, sin embargo, que el tipo constructivo más frecuente en Son Real —las sepulturas de nuestro tipo I— recuerdan por su planta a las *navetas*, como ya hemos señalado. La novedad consiste en hallarlas no sólo de dimensiones infinitamente menores (lo que justifica el nombre de *micronavetas*), sino en agrupación formando una densa necrópolis, junto con tumbas de planta completamente distinta. Si las *navetas* tuvieron finalidad funeraria, estaríamos de todos modos dentro de una tradición local. Pero para las sepulturas circulares ni para las rectangulares de grandes dimensiones y bello aparejo no tenemos de momento la menor posibilidad de comparaciones dentro del marco de la cultura de los talaiots.

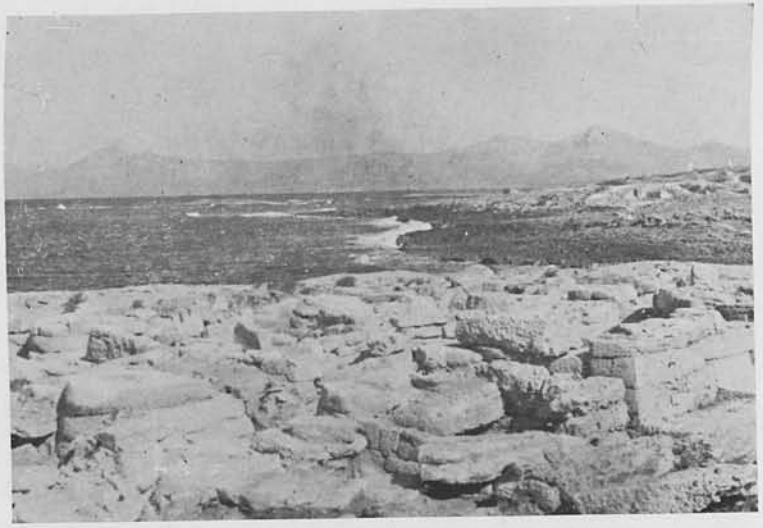
Algo similar cabe decir de las dos grandes tumbas excavadas hasta este momento en la Illa dels Porros. Estamos sin duda ante una tradición de construcciones excavadas en la roca que conocemos en Mallorca desde la época de las pequeñas cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce, hasta ahora el primer testimonio arqueológico de la presencia

humana en el país. Pero, aparte de esta vinculación a una clara tradición local, nada más podemos observar en relación estrecha con los sistemas sepulcrales conocidos hasta ahora.

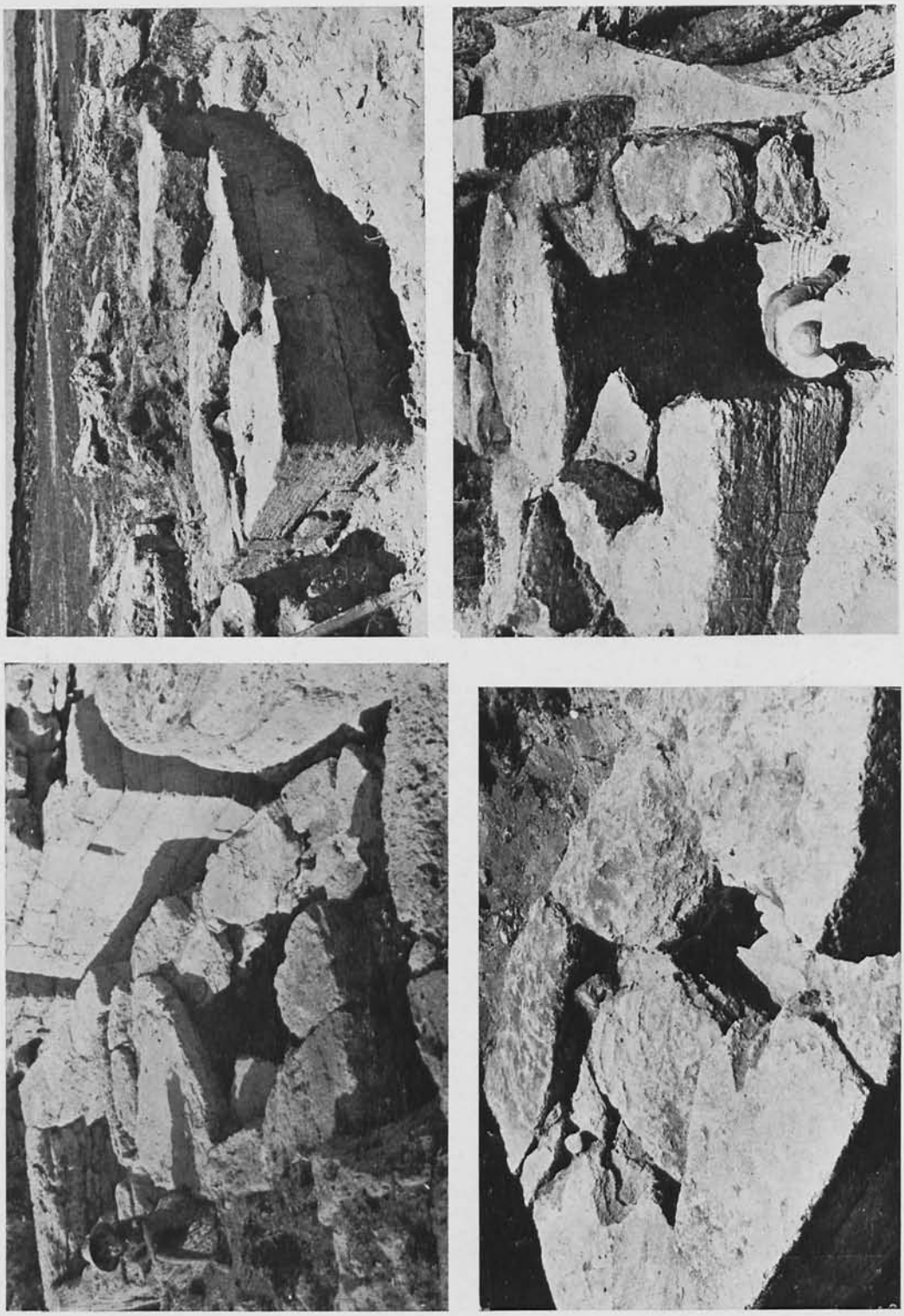
A pesar de la originalidad constructiva —y pasamos al segundo punto—, la vinculación de las dos necrópolis a la cultura talaiótica es segura. Todos los materiales aparecidos formando parte de los ajuares —absolutamente todos— se han hallado anteriormente en yacimientos de esta civilización, tanto en lugares de habitación como sobre todo en cuevas sepulcrales. La afirmación es válida para todos los tipos: para los objetos metálicos de bronce y de hierro, para la cerámica —que es proporcionalmente lo más escaso en ambos cementerios—, para los de hueso y las cuentas de collar de pasta vítrea de fabricación púnica. El gran interés que presentan los hallazgos mobiliares de Son Real y de la Illa dels Porros estriba no precisamente en su novedad, sino el que por vez primera tenemos una numerosa serie de objetos conocidos en Mallorca, pero con frecuencia procedentes de hallazgos sueltos o con un contexto incierto, y que ahora han aparecido asociados en conjuntos sepulcrales, permitiendo un encuadre cronológico que sólo se poseía en escaso grado. Como es lógico, donde hallamos los conjuntos más similares en los restantes yacimientos excavados en el sector N. de Mallorca, la mayoría de los cuales se conservan en el Museo de Artá. Una visita a este centro nos permite hallar paralelos a prácticamente todos los objetos exhumados en nuestras dos necrópolis. Estamos, pues, ante un caso muy curioso: disparidad total de tipos constructivos y extraordinaria similitud en los objetos. Cabe pensar que en el futuro es posible que se hallen otros yacimientos con tipos sepulcrales análogos y que la rareza de las tumbas de Son Real y de los Porros puede ser causa de falta de exploración adecuada.

El enlace cronológico entre las dos necrópolis —tercer punto que hemos propuesto anteriormente —viene dado por la similitud entre el grupo tardío de tumbas de Son Real y los hallazgos del islote. Las une en primer lugar el rito de la incineración que lleva aparejado en ambos casos el que las tumbas sean colectivas. En segundo lugar, la proximidad de tipos de ajuares: ausencia total de tipos metálicos antiguos, abundancia de perlas de collar de pasta vítrea, etc. Es indudable que en la última época de Son Real hubo un cambio de rito, pasándose de la inhumación en cuclillas a la incineración, y que este último sistema se manifiesta en el momento en que se elevaron las tumbas de los Porros.

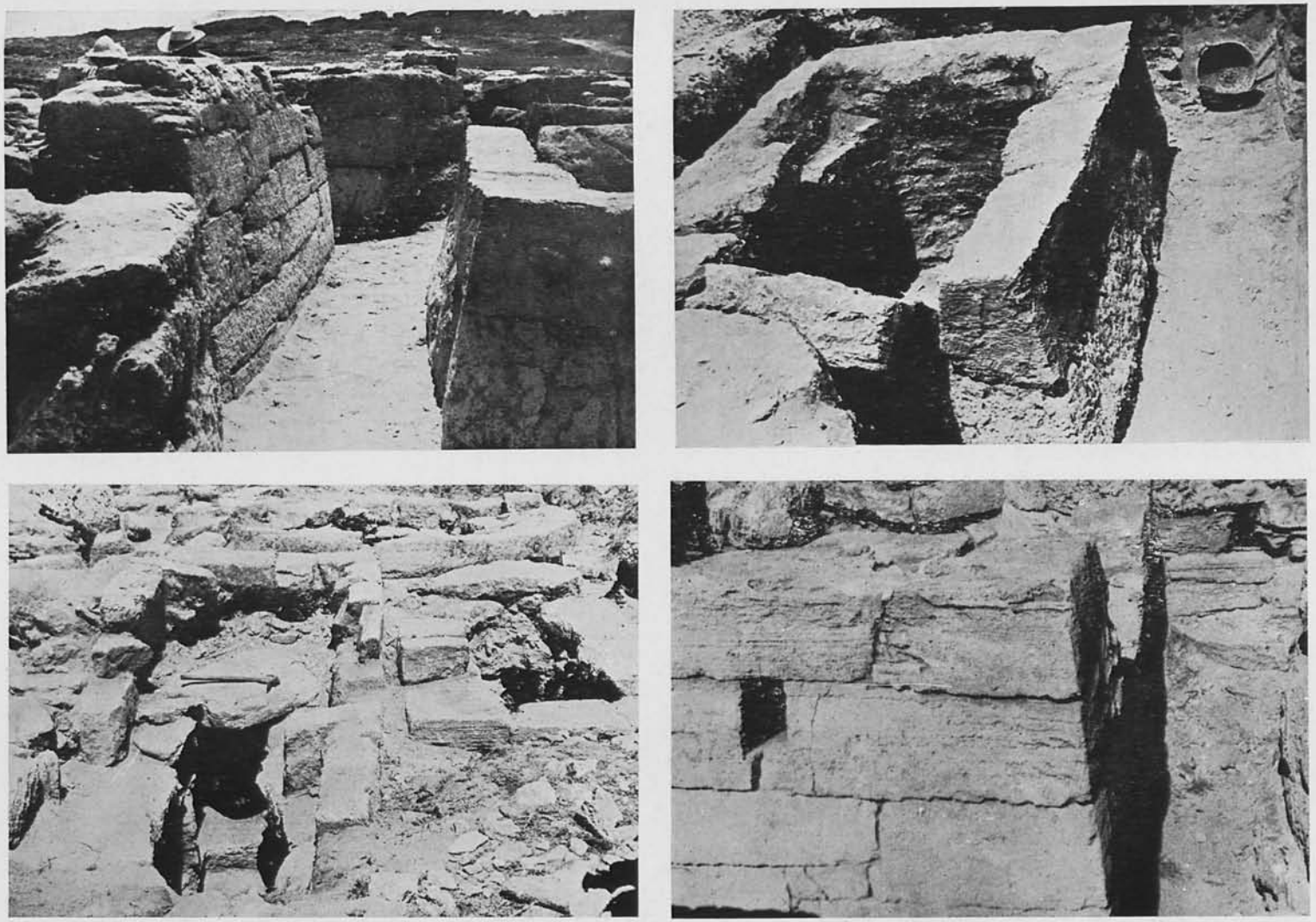
LAMINAS



SON REAL (Mallorca).—1. El lugar de la necrópolis antes de la excavación.—2. Aspecto general después de la excavación.—3. Una de las tumbas destruida por el mar.—4. El sector de las tumbas circulares durante los trabajos.

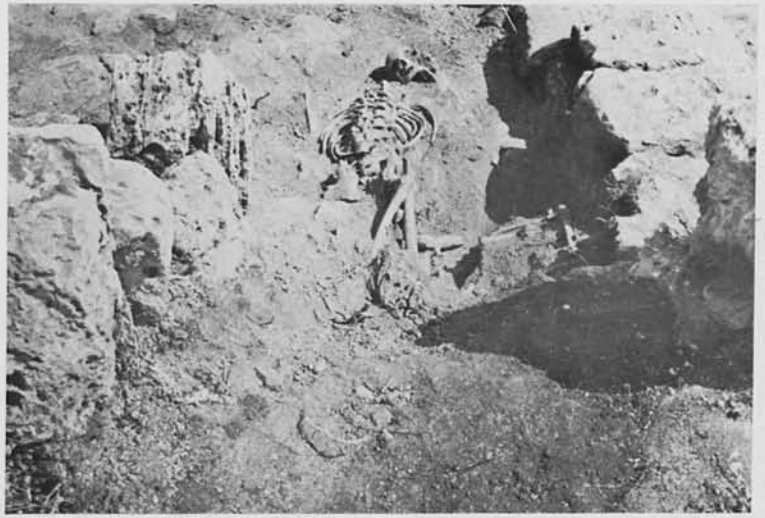


SON REAL (Mallorca).—Aspectos de tumbas del tipo I ("micronavetas").



SON REAL (Mallorca).—1, 2 y 3. Tumbas rectangulares.—4. Detalle del paramento, con la "ventana" típica.

SON REAL (Mallorca).—1, 2 y 3. Aspectos de las tumbas circulares: exterior, fondo y paramento.—4. Sepultura rectangular de la fase final.



ILLA DELS PORROS (Mallorca).—1. El islote visto desde tierra.—2. Aspecto después de la limpieza superficial.—3 y 4. Enterramiento del nivel I.

ILLA DELS PORROS (Mallorca).—1. Corte de la cámara B.—2-3-4. Interior de las cámaras después de la excavación.